

## LA MUJER EN EL PROFETISMO (Israel, antes y después de la monárquica)

“Mujer, tú eres la otra orilla que encauza el río de mi vida”

Los signos de los tiempos van mostrando ayer como hoy el lenguaje en el que nuestra fe ha de releerse. Esta revista vuelve a ocuparse de un tema tan antiguo como actual : la mujer. Ella exterioriza la realidad del ser desde su particular antropología. El varón hace lo propio desde la suya. La relectura que nos marcan los tiempos del inicial milenio viene, desde la óptica religiosa y social, señalada por la consolidación del resurgir feminista. La sociedad patriarcal que ha mantenido nuestro sistema de valores intocados e intocables, reclama un nuevo paradigma.

El paradigma naciente está emergiendo con fuertes dolores de parto. La nueva humanidad se religa en un útero donde el sexo es, simplemente, la manifestación del ser. Ser manifestado como varón o como hembra. Equivocar el ser con el estar pertenece a la antigua economía. La nueva humanidad que emerge, ya estaba anunciada por Pablo en su vivencia crística: “En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos sois uno en Cristo Jesús” (Ga 3, 27-28).

¿Qué ha sucedido para que este anuncio profético haya quedado en el olvido?. ¿Por qué varón y hembra siguen diferenciándose en lo que son iguales, en el ser, y pretenden ser iguales en lo que son distintos, en el estar? La sociedad patriarcal que nos ha precedido y sigue imponiendo su paradigma puede responder a estos interrogantes. Aquí nos interesa mostrar que desde el campo teológico la relectura no sólo es posible, sino necesaria..

La relectura crística implica trascender en cada situación lo concreto del estar para alcanzar el ser que nos equipara en la filiación divina. El hijo de Dios que somos en Cristo trasciende cada religión concreta (el estar), para alcanzar la perfección de la religiosidad (el ser). Los evangelios no son el nacimiento de una nueva religión, sino el camino que nos muestra la forma y manera de trascender y religar el estar en el ser.

Trascender cada situación nos obliga a reencarnar el mensaje ya que es la religión la que nos permite conocer cómo en el pasado han sabido otros alcanzar su genuina religiosidad. Cristo reencarna su estar en Jesús, y a través de Él hemos de conocer el camino que nos permita aprehender nuestra particular reencarnación. Él, como primogénito, nosotros como nuevos Cristos (cristianos), en el devenir de la historia.

El Espíritu aletea desde los orígenes, y estos presupuestos religiosos si bien no han sido formulados con esta sintaxis, desde el alfa de los tiempos se han reencarnado con otra palabra, con otro verbo, ya que el Espíritu (que es Ser), se concretiza en la Palabra (que es estar). Y así el Espíritu (Ruah), que es Dios, hace posible la creación del nuevo reino que sí es de “éste mundo”, aunque se culmine en el “otro”.

Esta tensión de lo trascendente fue, es y será en el Ser, en cada ser, en todo ser. La relectura de los textos que vamos a realizar implica la asunción de esta verdad tan genuinamente cristiana, pero tan antigua como el propio universo. Pablo sabía bien lo que decía cuando exigía, a sus lectores, trascender los conceptos antropológicos de hombre y mujer. Quien se queda en ellos, no alcanza su genuina “yoedad” en cuanto “hijos nacidos de los alto”. La carne en la que “estamos”, nace de lo “bajo”, aunque ella forme parte del todo en el que nos manifestamos. No se trata de retornar a ciertos angelismos trasnochados, sino de asumir nuestra condición sarxquinosa (carnal) para transformarla en cuerpo glorioso y resucitado.

Esta intuición o rumoreo de lo infinito, recorre la historia desde los orígenes. De ahí que, y para el tema concreto que nos ocupa, “la mujer”, nos interese, de forma especial, saber releer entre líneas los textos bíblicos que vamos a presentar. Sólo así, sabremos hallar el genuino pensamiento que la persona de fe ha tenido sobre la mujer y ello, a pesar de los condicionamientos patriarcales y machistas donde ha sido formulado.

Nuestro trabajo se limitará a otear la historia de Israel en los comienzos del profetismo. Aquella que rodea la época de la monarquía y previa a los conceptos sapienciales donde los grandes profetas plasmaron su pensamiento. La época monárquica del milenio antes de Cristo no dejó gran huella sobre el pensamiento de la mujer. No obstante la que dejó, fue tan profunda que llegó hasta la genealogía de Jesús. Efectivamente, un hombre tan enraizado en la cultura judía, como fue el evangelista Mateo, las nombra al inicio del evangelio.

¿Por qué un hombre judío, y por tanto marcadamente patriarcal, nombra en la genealogía de Jesús a diversas mujeres?. ¿Cuál es la intención que encierra su mensaje al respecto?. No es el momento de responder a las inquietudes teológicas de Mateo, pero si el instante en el que podemos aprehender, que dentro del auténtico sentido religioso del hombre de fe, algo importante debió intuir el evangelista para dejarnos constancia escrita del valor de lo genuinamente femenino.

Esa intuición sobre lo femenino, es lo que deseáramos destacar en nuestro ensayo. Intuición que hizo que las nombrara en una genealogía fuertemente machista. Una genealogía donde es el hombre quien engendra, aunque paradójicamente Mateo nos señala que es la mujer la que hace la historia. Su genealogía no permite dudas al respecto. La ascendencia de Jesús depende de las mujeres que intervienen en ella, aunque sean los hombres los que parezcan poseer este don.

Dios interviene de forma especial en ellas para cambiar la “historia de los hombres”. Parece como si la historia de los varones la escribieran los hombres, con las palabras, y la “historia de la mujeres” la escribiera Dios, con los silencios. Ellas aparecen en la genealogía de Jesús para trastocar la historia del varón.

Resaltamos esta visión feminista de la historia, no como contrapunto del devenir machista en el que está inmerso el mensaje. No deseamos caer en el mismo error histórico. Tratamos más bien de intentar ver lo femenino que la misma sociedad machista resalta de forma especial, cuando es el valor de lo genuinamente religioso, el que prevalece. Recordemos que la Biblia, más que ser escrita por hombres, ha sido escrita para los hombres. Deseáramos que en este trabajo se observara el pensamiento de un ser humano que escribe para toda persona pero que, no obstante, tiende al encuentro, como corresponde a mi sexo, de la mujer.

Cada contexto se expresa en los conceptos que le son propios. Sin embargo, el hombre de fe trasciende estos conceptos allí donde le toque vivir. Lo que hemos llamado “genuinamente religioso” no es saber interpretar textos religiosos. La relectura que reclama la fe se encuentra donde hallamos la fuerza que hizo posible su escritura (encarnación), y que tiene que ser la misma (Dios), que hace posible que hoy sigamos escribiendo sobre lo mismo, con nuestros textos propios.

Esta fuerza que es el Espíritu de Dios, es la que aquí nos interesa. No la letra en la que se expresó, aunque ella sea la forma en la que la

aprehendemos. Hemos vuelto a diferenciar la religiosidad de la religión. Pues bien, esta diferencia que tanto recalcó Jesús en su existencia terrena cuando nos recuerda que la letra mata, es la que de manera natural experimenta el hombre de fe de todos los tiempos. Ella nos hará trascender la letra para encontrar el espíritu que la hace latir

## LA MUJER

Queremos resaltar el sustantivo expresado como título de este apartado, sin colocarle adjetivo alguno. Nuestra sociedad. sigue siendo fuertemente patriarcal. De hecho cuando hablamos del hombre, nos referimos a la total humanidad, no así cuando lo hacemos sobre la mujer. Más aún, a ella le colocamos adjetivos que resalten las cualidades machistas que previamente le hemos adjudicado.

Nos gustaría saber expresar lo que de ella sentimos. Ella es la otra mitad que nos complementa. El lado o costal (no costilla), que nos falta y al que tendemos. La que nos da la posibilidad de ser hombres. Pensamos que desde la otra orilla de la antropología humana, ella, la mujer, podría decir lo mismo de nosotros.

Habitualmente cuando ponemos por escrito nuestras conclusiones, como es el caso presente, lo hacemos usando el plural, y es que quienes no sabemos ser hombre sin ella, necesitamos conscientemente hablando, usar el plural donde ella forme parte de nuestra singularidad. En este ensayo, y dentro de lo posible, no vamos a enjuiciar las escenas desde la visión socialmente entendida como varonil. Quizás no lo consigamos. Al propio Pablo, en la época que le tocó vivir, y por mucho que ensalzó a la mujer, se le tildó de misógino.

Él también fue fruto de su tiempo. Como el Yahvista de la época monárquica que aquí nos toca reseñar cuando escribió su relato de la creación. El objeto sexual en el que la sociedad patriarcal había convertido a la mujer, únicamente demuestra que desde entonces, quien no tiene asumido el sexo como parte integrante de su expresión humana, lo teme. Este temor aumenta con el transcurrir del tiempo, así la mujer se convierte, para este tipo de hombres, en algo que hay que apartar de la creación metiéndola en celdas o claustros para que se salven (son los que así piensan los que necesitan salvación), o haciéndola madre para que se realice.

La mujer y la sexualidad ya fue motivo de otro ensayo en esta misma revista. Quien les escribe es hombre casado que, como teólogo, ya hemos dejado dicho en este papel que el sexo para la creación es de origen animal y el sexo para el amor es de origen humano. Creo que esta expresión recapitula lo que deseamos explicar. La mujer es el misterio hacia el que tendemos para alcanzar, amándola, a aprehender el Misterio. Suponemos que a ellas les pasará otro tanto.

En esta antropología el cuerpo de la mujer posee lo que le falta al del hombre, lo que, siguiendo el pensamiento del Cantar de los Cantares hemos de amar para intuir la fuerza del amor y en él, a Dios. Así el sexo es tan natural como misterioso. Está ahí, como la comida, como el pan de cada día que trascendido se convierte en el cuerpo de Cristo donde todos somos uno.

No existe temor atávico que haya que extirpar. Simplemente sin ella no podemos hablar de cómo se expresa el ser humano, porque sencillamente ella es el cincuenta por ciento de dicha expresión. Teniendo en cuenta estos presupuestos, oteamos los textos bíblicos y vemos que siempre fue así. Y ello a pesar del machismo que impregnan sus páginas. El Yahvista cuando por primera vez deja por escrito su pensamiento sobre la mujer, aún a pesar de la subordinación en que la sitúa no puede ocultar su sometimiento.

El hombre dejará cuanto tiene para ir tras ella, su padre, su madre, en definitiva queda sometido a un dictado interior que no puede ocultar. La leyes exteriores las dictará él pero las interiores son tan profundas que se traslucen en cada norma escrita. La mujer atrae y este sometimiento interno de él hacia ella, lo proclama exteriormente de ella hacia él . Desde entonces y hasta nuestros días, ella, con su silencio y nosotros con la palabra buscamos la atracción del contrario. ¿Quién atrae a quién?. Todo depende en la orilla en la que cada cual se encuentre.

El Yahvista subordina a la mujer haciéndola salir del hombre, no obstante la llama Eva, madre de los vivientes. Adán queda así como prototipo de todo lo existente antes de la toma de conciencia humana y Eva como prototipo de lo genuinamente humano. !Qué ironía y qué paradoja tan bellamente expresada!. Eva, con el mito de la serpiente es la que conduce a Adán al conocimiento humano. A saber discernir el bien del mal. Adán representa lo homínido. Eva lo humano. Eva le hace comer del fruto del conocimiento. Ella traduce a la naturaleza, la escucha . Eva sabe escuchar sin palabras. De hecho, la serpiente sería el animal menos idóneo para hablar porque es sabido que no oye. Pero ella en su apertura al

conocimiento sabe escuchar los silencios de la naturaleza. Adán sólo sabe escucharla a ella. !A ella!. !Cuánto temor oculto desde entonces!.

La naturaleza, en este mito, habla a través de la serpiente, y Adán sordo, tiene que escuchar la traducción de su mujer. Cuando en ella, con ella, y por ella se abre su mente !comprende!, y aún la teme más. Se siente desnudo ante su incapacidad. Desnudo ante ella y en esta desnudez interna y mental, comienza su andadura. A partir de este instante original, comienza a ver... y se siente ciego. Él ante ella y ella ante él. Pero como la historia la comienza escribiendo él, será la ceguera de Eva la que resalte en sus escritos. Todo lo que ella posee y él no tiene, será malo, incluyendo la sangre que ella derrocha incomprensiblemente en la menstruación, y que a él le falta cuando muere en las batallas. !Impura, impura, mil veces impura a través de la historia!.

Su sangre, la de ella, contamina. Su semen, el de él, vivifica, da la vida. Pero él necesita su sangre, y el temor aumenta. Sangre en la que Dios mora y que ella, incomprensiblemente, desperdicia. Desde entonces el temor a la mujer se sublima en el amor a la madre. La madre oculta a la mujer y el hombre silencia al padre. Así la sociedad machista y patriarcal de la Biblia que muchos siguen asumiendo oculta al padre y a la mujer tanto como ensalzan a la madre y al hombre. !Nueva paradoja!. Nuevo Koan bíblico que nos habla de la letra que hay que trascender en constante encarnación.

La mujer, paradigma del mundo patriarcal, es rechazada tanto como admirada. ¿Será porque, al decir de algunos antropólogos, nuestra sociedad machista proviene de otra de origen matriarcal?. Los romanos, cuna de nuestro derecho, proclamaban que el derecho de la madre emanaba de un orden natural, mientras que el del padre derivaba del derecho civil. Uno es natural, el otro, social. El origen del matriarcado es creacional, siendo el del patriarcado político y por tanto, partidista e interesado.

En el lar, en el fuego, mandaba ella. Posteriormente en el mito prometéico mandaba él. Así unos mitos y unas sociedades cubren a otras: Brig, diosa de los celtas y del fuego, es cubierta por nuestra Santa Brígida en cuyo convento ardía el fuego eterno vigilado por vírgenes.

Releyendo el pasaje de la creación, nos preguntamos: ¿quién engañó a la mujer en nuestro mito adánico? ¿Satán? No, !el hombre!. Su engaño queda psicológicamente al descubierto cuando personifica a Satán en una serpiente. La serpiente es el símbolo fálico de los mitos ancestrales. El

macho arrastra con su falo a la hembra,. Aunque, paradójicamente, la única que se arrastra sea la serpiente. La serpiente, diosa de la fertilidad que engendra vida y la renueva en cada cambio de piel.

Adán sabe por propia experiencia que Eva va tras él, porque él no deja de ir tras ella. El mundo patriarcal engaña con las mismas armas que se siente engañado. Así podemos imaginar que tras el mundo patriarcal se esconde otro igualmente sectario de origen matriarcal. Mundo donde ella, la mujer, asumió la auténtica felicidad. No en vano la fertilidad dependía de la generosidad de la tierra y de las madres. Ellas como una gran diosa de pechos enormes y vientre prominente, representaban a la diosa fértil.

La palabra fertilidad proviene del vocablo “felix”, antecesor del castellano feliz. La felicidad era de origen femenino. El paraíso era de ellas. La tierra, símbolo de la gran diosa que paría sin cesar sus frutos, se encarnaba en la mujer que, asimismo, daba la vida a los humanos. El hombre anonadado adoraba a su diosa.

Hasta aquí unas breves pinceladas para demostrar que la mujer también tiene nombre propio en la historia. Ella también la escribió. Su pluma fue otra, quizás más natural. Poco importa, posiblemente, al cambiar la sociedad y volverse más competitiva, ella quedó relegada en la casa y él marchó a por alimentos que, al volverse escasos, había que pelear y conquistar guerreando. Ha nacido el poder patriarcal. Lo político comienza a predominar sobre lo natural.

La historia de la revelación bíblica se genera dentro de este nuevo poder. La visión que nos muestran los textos bíblicos tiene ojos masculinos. No obstante, el hombre de fe, y recalamos en este caso la palabra hombre, trasciende su propia historia y aunque la tenga que explicar dentro de unos módulos determinados con el fin de ser comprendido por sus contemporáneos, deja traslucir la verdad que lleva dentro y que le remite a Dios.

Más allá del matriarcado y del patriarcado emerge la nueva humanidad, la única posible de los llamados hijos de Dios donde no hay varón ni hembra, ni esclavo ni libre, hoy podríamos decir desde nuestro contexto nacional, ni español ni vasco, ni catalán, ni gallego. Hijos del reino donde todos somos uno en el Padre y/o la Madre.

Desde el Ser y trascendiendo el estar (varón/hembra), veamos con objetividad algunos textos donde en el esplendor del nacionalismo judío, se deja entrever la verdad, aún a pesar del fuerte machismo imperante.

### RUT, LA SIERVA DE YAHVE

Posiblemente uno de los textos donde podamos observar con más fuerza el sello de lo femenino en una sociedad eminentemente masculina, sea el libro de Rut. Su impronta fue tan profunda que Mateo, en la genealogía de Jesús, la cita entre otras. Este “logion” bíblico es la huella indeleble de que la mujer tuvo el mismo peso que el hombre aunque éste apenas dejara constancia de ello.

Mateo, como hombre de fe, no podía escribir su mensaje sin resaltar lo que, asimismo, también habían señalado sus antepasados. Él comienza su historia diciendo que Jesús, el llamado Cristo provenía de “Nassón que engendró a Salmón, Salmón engendró de Rajab a Booz, Booz engendró, de Rut, a Obed, Obed engendró a Jesé, Jesé engendró al rey David” (Mt 1,5-6a). Esta genealogía sigue los parámetros marcados en el libro de Rut (4,20-22). La diferencia existente, aunque parece poco relevante, es a nuestro juicio muy sugerente : Mateo intercala el nombre de varias mujeres e introduce la palabra rey, delante del nombre de David.

Citar a las mujeres recalcando expresamente la realeza de David, es dejar constancia en su escrito, de la importancia de las mujeres que él va a mencionar. Señalemos que esta variante se debe expresamente a la redacción mateana. Referente a las prostitutas de esta genealogía ya escribimos en el ensayo citado sobre la sexualidad. Ahora, en el caso de Rut es importante anotar lo siguiente: Mateo inserta su nombre, añadiendo también que Jesús es el Cristo. Estos dos atributos de sus regios personajes son propios de su teología, ya que ni la genealogía del libro de Rut nombra a las mujeres, ni la genealogía de Lucas coloca los atributos de David y Jesús en cuanto rey y Cristo (Lc 3, 31-32).

El movimiento que realiza Mateo al respecto es de suma importancia. El camino para llegar al rey David es construido por diferentes mujeres, así como el camino para llegar a Jesús es construido por una mujer más, María. Los dos reinos, el de la antigua y el de la nueva economía, son tejidos sutilmente en el telar de la feminidad.

Mateo cree en Cristo y su vivencia no le permite discriminar a la mujer. El también es hijo de su tiempo y escribe para varones aunque confía en ser leído (más bien vivido) por las mujeres. Esta vivencia es la misma que trasciende al yahvista y/o al sacerdotal cuando escriben los relatos de la creación, o la del naciente profetismo cuando narra la historia de Rut.

“En los días en que juzgaban los jueces” (Rut 1,1). Así comienza este pequeño libro, llamado histórico por nuestro canon y profético por el hebreo. Nosotros hemos calificado este apartado con el subtítulo “la sierva de Yahvé”. Permítasenos una breve aclaración al mismo. El siervo de Yahvé es un título que acuñó el Deuterocanónico y que refleja, trascendiendo la historia en la que se gestó, el comportamiento de un hijo de Dios. Pues bien, estimamos que el libro de Rut refleja a la sierva de Yahvé porque trasciende, asimismo, la historia en la que se escribió. Ella es una hija de Dios. El siervo demostró hacia el exterior el comportamiento que la sierva demuestra hacia el interior. El, desde la objetividad masculina; ella desde la subjetividad femenina.

Lo objetivo y lo subjetivo son realidades humanas que se complementan. Así lo oriental y subjetivamente femenino, se complementa con lo occidental y objetivamente masculino. Cuando occidente lucha contra oriente lo hace contra una parte de la sociedad que le realiza y complementa. El libro de Rut va a ser el oriente subjetivo y femenino que completa el occidente objetivo y masculino de la sociedad machista en la que se escribió. Esta intuición de la verdad debió verla Mateo cuando la nombra siglos después.

El libro, tal y como lo conocemos actualmente, consta de cuatro capítulos que proponemos estudiar siguiendo el siguiente esquema:

- 1.- Noemí vuelve a su tierra
- 2.- Rut conoce a Booz
- 3.- Noemí planifica y habla  
Rut escucha y ejecuta
4. Conclusión

- 1.- Noemí vuelve a su tierra

El capítulo primero muestra la sociedad patriarcal que viven estas mujeres. La ironía que rezuman sus líneas es extremadamente sugerente: “Hubo hambre en el país, y un hombre de Belén de Judá, se fue a residir, con su mujer y sus dos hijos, a los campos de Moab” (1,1). El pueblo dirigido por varones ha llevado al país a tal extremo de pobreza que sus habitantes tienen que ir al país del enemigo, en este caso el glorioso y odiado Moab (Is 16, 13-14), para poder subsistir. ¿Dónde reside la ironía del relato?. En la expresión final de este capítulo en la que Noemí exclama: “Colmada partí yo, vacía me devuelve Yahvé” (1,21).

La realidad que presenta el autor, leída entre líneas, no es precisamente la de una persona que sale colmada, ya que tiene que abandonar su patria porque no tienen ni para comer. Ahora bien, desde la concepción machista en la que se escribe el libro, ella está colmada toda vez que tiene marido e hijos. Aquí no interesa la mujer como persona. Noemí está realizada según lo que un hombre piensa. Lo importante entonces, como para muchos ahora, es no “salirse de madre”. La expresión no es válida cuando se realiza en masculino: “salirse de padre” no dice nada en nuestro contexto machista. Hoy todavía está vigente la expresión “salirse de madre” cuando alguien realiza cualquier exceso más allá de lo socialmente permitido.

Noemí no se sale de madre, por ello, aún a pesar de la desgracia que está viviendo, la sociedad patriarcal en la que ella se mueve afirma que está colmada. Sus desgracia comienzan cuando, como Job, desde la óptica sapiencial, comienza a perderlo todo. Muere su marido, mueren sus hijos y sólo le quedan sus nueras, es decir, nada. Ella son tres... !y mujeres! La ironía desde una óptica de fe es trascendente. Tres, número sagrado para los semitas. Ellas son tres. El libro presenta la perfección... en lo imperfecto. ¿Qué hacer?.

El cuadro que nos pinta el autor refleja la impotencia en la que se situaba oficialmente a la mujer sin marido e hijos: decide volver a Judá porque “Yahvé había visitado a su pueblo y le daba pan”(1,6). Antes de volver les dice a sus nueras que se vuelvan “cada una a casa de su madre. Que Yahvé tenga piedad con vosotras como vosotras la habéis tenido con los que murieron y conmigo.. Que Yahvé os conceda encontrar vida apacible en la casa de un marido. Y las besó. Pero ellas rompieron a llorar” (1,8-9)

No es fácil para un hombre expresar el contenido tan fuertemente feminista de este pasaje: lo que el texto quiere expresar, y no lo que

expresa. El feminismo del que hablamos no va contra la masculinidad. Nada más lejos, es tan dulce como el significado del nombre de Noemí. Noemí significa la dulce. En este libro, como en casi toda la Biblia, los nombres guardan estrecha relación con lo que está sucediendo. Son la llave que permiten conocer el genuino mensaje del autor. La dulce Noemí habla al corazón de las otras dos mujeres. Hay que introducirse de puntillas en esta trinidad para captar lo que está sucediendo.

Noemí les manda volver a casa de su madre. ¡No a la del padre! Lo que está sucediendo hay que aprehenderlo en la intimidad de la mujer. Ella, la suegra, conoce el infortunio que han debido de pasar sus nueras en los diez años que les han durado sus maridos. A través de la situación actual, el lector debe intuir que la situación que han mantenido estas mujeres durante diez años no ha debido ser buena. Pero es el destino de las mujeres: volver a ser la posesión de un hombre.

Orpá y Rut han tenido piedad de sus maridos. Desconocemos los motivos de esta expresión. Nada bueno para ellas. Ahora bien, esta experiencia las ha unido más allá de lo que reclama el comportamiento de la sociedad patriarcal. Sociedad que les recuerda cuál es su destino: volver a caer en las manos de otro marido. Noemí confía en Yahvé para que en este segundo intento su vida sea apacible. Ellas, al recordar su vida pasada, rompen a llorar. Noemí las besa. El beso de Noemí, en cuanto mujer, no tiene valor alguno. Si estas palabras hubieran sido pronunciadas por un varón, el beso sería el sello de bendición de todo lo dicho. No obstante, intuimos que este beso, por la situación en la que es colocado por el autor, habla por sí mismo. Ellas rompen a llorar tras la bendición de Noemí.

La dulce Noemí retrata la situación humillante de la mujer. Volver, siempre volver a situarse bajo el cobijo de un hombre. Pero en este texto en el que tanto se insiste sobre el término volver. Ellas vuelven a Belén; Noemí les manda volver a su casa; ellas responden que volverán a Belén; Noemí insiste que no vuelvan con ella. Todo este pasaje es un continuo volver, ¿a dónde?. Esta es la clave que deseamos resaltar.

Las tres mujeres se ponen en camino. Están volviendo a Judá. Ellas todavía no saben que van a ser el origen de David. El autor que lo está escribiendo, sí. Igual que Mateo conocía que Rut fue origen de Jesús. Ellas “se pusieron en camino para volver a la tierra de Judá” (1,7b). El lector puede intuir que la preocupación del autor se centra en tratar de mostrar el camino de vuelta a casa; de vuelta a Judá. La clave va estar en saber encontrar “el camino de vuelta”.

Hay un camino externo que conduce a Belén. Pero la clave (esa es la propuesta de este trabajo), se halla en descubrir un camino interno que nos conduce más allá de cualquier estar. Nos lleva de la mano hasta el ser. Lo imperioso es volver: “Volveos, hijas mías, andad, porque yo soy demasiado vieja para casarme otra vez” (1,12a). La sabiduría de este diálogo de mujeres es hiriente. ¿Cómo, si no, entender que sea necesario que la suegra ha de volverse a casar para poder tener hijos que a su vez sean los futuros maridos de sus nueras?. ¡Esa era la ley de los hombres!.

No es extraño que la dulce Noemí, incluso creyendo posible tal milagro de Yahvé, remache irónicamente: “Y aun cuando dijera que no he perdido toda esperanza, que esta noche voy a tener un marido y que tendré hijos ¿habríaís de esperar hasta que fueran mayores? ¿Dejaríaís por eso de casaros?. No, hijas mías, yo tengo gran pena por vosotras, porque la mano de Yahvé ha caído sobre mí. (1,12b-13).

En el paroxismo de lo absurdo, poco es la mala situación de cualquier mujer en Israel, ahora ellas están por debajo de Noemí. Volver a Belén junto a la “dulce” va a representar la mayor de las “amarguras”. ¿Por qué?. Porque en Judá, según la ley imperante estas tres mujeres serán malditas. Más aun, si la bendición y la maldición le viene a la mujer gracias al hombre, en el presente caso, a Orpá y a Rut la maldición les viene por una mujer.

No se puede caer más bajo. El autor nos presenta este hundimiento exterior, para que capturemos la elevación interior de estas mujeres. La situación es insostenible, Orpá abandona, y vuelve a su hogar. Rut y Noemí vuelven a Belén y allí, “se conmovió toda la ciudad por ellas” (1,19). En esta desolación “nacional”, Noemí la dulce cambia su nombre por Mará (la amarga).”porque Saday me ha llenado de amargura” (1,20).

Fin del capítulo primero. Intencionadamente no hemos indicado nada al respecto de los versículos 16 y 17, que curiosamente son los más conocidos del libro, porque en ellos se ensalza la entrega de Rut hacia el Dios de Israel. La ironía del texto podrá ir demostrando que el Dios de Israel donde realmente habita no es en las tierras de Judá, sino más bien en el interior de estas mujeres y en su comportamiento. Especialmente el de Rut: !donde las mujeres se atan a sus maridos por la fuerza de la ley, ella se ata a Noemí por la fuerza del amor! Este comportamiento nos va a ir mostrando la vuelta que en cada camino hemos de ir realizando si

queremos encontrar el auténtico y genuino reino, aquél que trasciende las fronteras de Judá.

La amargura de estas mujeres es aparente, aunque inmensa según el contexto que les ha tocado vivir. Noemí es dulce cuando el hambre le hace emigrar a otros lugares y es amarga cuando tras todas las penalidades de una vida puede volver en paz junto a los suyos que tienen los campos llenos de cebada. La amargura o la dulzura de estas mujeres guarda relación con la situación en la que el hombre las ha ubicado. El sentir de ellas va por otro camino. Su interior es el que se nos ha de revelar y el que aquí intentamos, con toda humildad, descubrir.

## 2.- Rut conoce a Booz.

“Tenía Noemí por parte de su marido un pariente de buena posición, de la familia de Elimélek, llamado Booz” (2,1). El segundo capítulo del libro que nos ocupa comienza con este versículo que a nuestro juicio, no es nada gratuito. El lector queda avisado que existe un pariente rico llamado Booz.

Obsérvese la astucia del autor. Noemí ha demostrado anteriormente con la irónica vivencia entre la dulzura y la amargura, su debilidad. La que de hecho tenían las mujeres de su época. Esta debilidad se va a contrastar con el poder establecido. Booz significa, el poderoso. Ya tenemos en escena a las dos grandes fuerzas de Judá y de toda sociedad : la debilidad y el poder.

Noemí, dulce y amarga es débil. Booz, es poderoso ¿Por qué?. Sencillamente porque es hombre, todavía nada sabemos de él. Y en medio de estas fuerzas, ¿quién está?. Rut, su nombre significa la compañera. Hasta ahora hemos podido comprobar que ella es la que comparte las penas junto a las demás mujeres. Este asumir el dolor ajeno y el estar, como iremos viendo, atenta a la palabra recibida, va a ser lo que nos ha permitido anunciar que Rut es la sierva de Yahvé.

En la introducción de este segundo capítulo se nos pone sobre aviso de la importancia del personaje llamado Booz. Leyendo entre líneas podemos comprender la cantidad de veces que Noemí le habría hablado a Rut de este pariente. Nada extraño que Rut, nada más llegar a Belén se ponga a buscarle “Rut la moabita dijo a Noemí. Déjame ir al campo a

espigar detrás de aquél a cuyos ojos halle gracia... quiso la suerte que fuera a dar en una parcela de Booz” (2,2-3). ¡Qué casualidad!. Por supuesto que para un israelita en la suerte siempre está la mano de Dios, pero en este caso también la de Rut.

Este es el pariente importante, del que ellas han debido de hablar en muchas ocasiones antes de volver a Belén. Luego veremos que existen otros parientes mejor situados legalmente ante ellas, pero que no entra en los planes que previamente se han ido marcando. Rut llega ante los segadores de Booz y no se mueve de allí. “Ha venido y ha permanecido en pie desde la mañana hasta ahora” (2,7). El texto resalta que los segadores empiezan a hartarse del comportamiento de Rut. “¿No he mandado a mis criados que no te molesten?” (2,9). Booz tiene que ordenar a los suyos que la dejen en paz.

Ya tenemos en escena a Booz y a Rut. Los segadores presentan a aquella mujer desconocida al amo. Booz escucha y finalmente dice a Rut: “Me oyes, hija mía” (2,8). Rut, la extranjera y moabita se ha convertido de pronto en hija suya. El mismo título que le da Noemí, cuando le dice que se vuelva con su madre. La escena es muy sugerente. ¿Qué ha visto Booz en esta mujer?. Precisamente eso, a la mujer. La coquetería que expresa Rut habla por sí misma: “¿Cómo he hallado gracia a tus ojos para que te fijes en mí?” (2, 10). Por si Booz tiene dudas ella se ha dado cuenta de que le gusta. A partir de ahora comienza el juego donde el poder del hombre va a ser nada y donde la debilidad de la mujer va a serlo todo.

La historia se comienza a escribir con pluma femenina, aunque la mano sea masculina. “Booz le respondió: Me han contado al detalle todo lo que hiciste con tu suegra después de la muerte de tu marido, y como has dejado a tu padre y a tu madre...” (2,11). Un pequeño detalle se ha introducido en las palabras de Booz que no figuraba hasta ahora en la narración. Booz, que representa el poder del mundo patriarcal, nombra al padre de Rut, no así cuando Noemí la manda a casa de su madre. El poder que representa Booz queda latente en esta pequeña sutileza, Noemí, como mujer, había mandado a Rut junto a quien podía entender y solucionar su desgracia personal: la madre. Booz le recuerda primeramente a su dueño, el padre, sólo entonces podría estar junto a la madre.

Cuando Rut regresa junto a Noemí y ve ésta toda la comida que trae, vuelve a surgir entre ambas esa compenetración tan propia de quien ama. Sobran las palabras. Antes de que Rut le cuente lo sucedido, ella exclama:

”¿Dónde has estado espigando hoy y qué has hecho. ¡Bendito sea el que se ha fijado en ti!” (2.19).

- ¡No me lo digas, diríamos hoy, le has visto y le has gustado; ya te lo había dicho yo!

- Fíjate si le he gustado que hasta me ha dicho:

”Acércate aquí, puedes comer pan y mojar tu bocado en el vino” (2,14).

- Y Noemí respondería hoy: ¿has introducido tu pan en su copa?, esto va por muy buen camino.

Ya tenemos prefigurados los dos mundos, el exterior y poderoso y el interior y débil. ¿Dónde está realmente el poder, dónde el camino a recorrer, dónde la fuerza de Yahvé?. Sigamos la historia.

### 3.- Noemí planifica y habla. Rut escucha y ejecuta.

“Noemí su suegra le dijo: Hija mía, ¿es que no debo procurarte una posición segura que te convenga?” (3, 1). Toda la aparente amargura de Noemí va a cambiar la historia. Todo acontecer nace en el interior de la mente. Noemí está pensando en alta voz. La mano de Yahvé se deja ver con una sutileza increíble. El mundo exterior y patriarcal puede variar si el mundo interior del ser aflora a la superficie. El auténtico camino de cada vida consiste en descubrirlo. Cuando se ha descubierto, todo es posible. El autor nos señala su caminar, a través del pensamiento de Noemí.

La suerte está echada. Booz por muy poderoso que parece exteriormente, en su interior es un pobre hombre. ¿Por qué?. Porque la recolección ha terminado pero “no mueve ficha”. Noemí busca el “jaque mate”. Hay que pensar la jugada con sumo cuidado: “¿Acaso no es pariente nuestro aquel Booz con cuyos criados estuviste?” (3,2).

Se ve que ha pasado cierto tiempo desde la siega y Booz con todo su poder no ha dicho esta boca es mía, aunque tiene autoridad para ello ya que es pariente y por tanto puede ejercer dominio sobre estas mujeres. “Pues mira: Esta noche estará aventando la cebada en la era. Lávate, perfúmate y ponte encima el manto, y baja a la era, que no te reconozca ese hombre antes que acabe de comer y beber. Cuando se acueste, mira el lugar en el que se haya acostado, vas, descubres un sitio a sus pies y te acuestas; y él mismo te indicará lo que tienes que hacer” (3,2-4).

Rut y Noemí conocen al detalle cada movimiento de Booz, en este caso, precisamente lo que va a hacer esa noche. Habla la sabiduría de Noemí y prepara a Rut con lo único que tiene una mujer para poder dominar en la época patriarcal, su cuerpo. La situación que plantea el autor es tan real como repugnante. De hecho, cuando habla de Booz, omite su nombre “que no te conozca ese hombre”. Hay despecho en la frase. Hombre y mujer en encuentro en una sociedad de desencuentros. La paradoja es que para que Booz demuestre su machismo, ¡tiene que haber bebido! : “se puso alegre” (3,7).

Él necesita estar borracho para comportarse ante la mujer como exige la sociedad patriarcal. El machismo imperante y psicológico hacía daño al poderoso Booz... y sigue haciendo daño a todos los Booz de este mundo. Cuando Booz nota el desnudo cuerpo de Rut en su cama dice el autor que sintió un escalofrío. No es ella la que tiembla, es él. Él, que es la fuerza, el poder, la representación de aquella sociedad, tiembla ante una pobre mujer que usa las únicas armas posibles que le son propias, cuando se lo permiten: su cuerpo. Noemí también es mujer y sabia, por ello le anuncia a su nuera que ante su cuerpo, el de Rut, “él mismo te indicará lo que debes hacer” (3,5)

Booz, enajenado de la sociedad que le oprime y de sus propios temores, es decir, borracho, por primera vez sabrá lo que tiene que hacer. El sarcasmo del texto alcanza cotas inimaginables. Las únicas que saben lo que está sucediendo son ellas. Y Booz, permítasenos la irónica expresión de, el pobre, es tan pobre y débil en este momento que tras extender el borde de su manto sobre Rut, es decir, cohabitar con ella, exclama “Bendita seas de Yahvé, hija mía; tu último acto de piedad filial, ha sido mejor que el primero, porque no has pretendido a ningún joven, pobre o rico” (3,10).

Booz ha reencontrado el auténtico poder. El poder natural que le remite a Dios y no el que le otorga la sociedad. El que, al parecer ya con cierta edad, le hacía temer que no tenía. Ella, Rut, lo ha descubierto para él. Booz, el poderoso, quizás por primera vez en su vida, da las gracias a una mujer. Ella, como su nombre indica, también es compañera para Booz, y como tal, comparte su lecho durante toda la noche.

Analícemos ahora, y con la brevedad que nos impone este trabajo, el encuentro en que se objetivan la sociedad patriarcal que representa Booz, el poderoso, y la sociedad que representa Noemí la débil. El puente que une a ambos es Rut, la compañera, la sierva de Yahvé, pues ella en su mundo

interior escucha el de Noemí (jamás podría oír el de Booz), y ejecuta como un cordero que va al matadero, lo que tiene que hacer.

Rut está entre los dos mundos, sirviendo al mundo interior de Noemí para ejecutar su palabra, y al mundo exterior de Booz para que, al reencontrarse, lo cambie. Para comprender la intención del autor hay que recordar que Moab, y especialmente sus mujeres eran odiadas por el pueblo judío. El libro de los Números nos ha dejado buena constancia de ello: “Israel se estableció en Sittim: Y el pueblo se puso a fornicar con las hijas de Moab... y se encendió la ira de Yahvé contra Israel” (25,1-3). Asimismo el oráculo de Balaam (profeta bastante singular en el mundo Bíblico), predijo que “...de Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel. Aplasta las sienes de Moab, el cráneo de todos los hijos de Set” (Nu 24,17).

Con esta perspectiva hay que leer el libro de Rut. Obsérvese el odio atávico que ejerce este pueblo sobre los moabitas debido a la belleza de sus mujeres, tanto que para ser vencido necesitan la cólera de Yahvé y el nacimiento de un rey que les haga morder el polvo. Pues bien, aquí tenemos a Rut que, acostada a sus pies (descubrir los pies es un eufemismo que se usaba para hablar de los órganos genitales), provoca temblores (escalofríos) en el poderoso Booz.

Es en semejante situación que tenemos que comprender la sagacidad del hombre de fe que escribió este texto. Un texto para hombres en un mundo machista. ¡Increíble!. Rut aprovecha este instante para decirle quién es y lo que quiere: “Soy Rut tu sierva. Extiende sobre tu sierva el borde de tu manto, porque tienes derecho de rescate” (3,9). Dicho en otras palabras, tómame porque soy tuya. Ahora bien, este ser tuya implica una responsabilidad para Booz, que hemos de entender que ya era conocida por él. Booz, como pariente de Noemí, tenía derecho de rescate. Este derecho lo marcaban las leyes patriarcales al uso: “Si se empobrece tu hermano y vende algo de su propiedad, su goel más cercano vendrá y rescatará lo vendido por su hermano” Lv 25,25).

La pobreza del esposo de Noemí, y por tanto de su familia le había conducido a la venta de su patrimonio y posteriormente a la emigración. Ahora Noemí ha vuelto y tiene derecho, a través de su pariente más cercano (goel), a rescatar su tierra. El rescate de esta tierra, lleva consigo la compra implícita de las mujeres !Todo en el mismo lote ! El pariente más cercano compraba junto a la tierra, las mujeres posesión de quien en su día poseía la tierra, en este caso, Noemí y Rut. Pero la cosa no acaba aquí. El goel que ejercitara el derecho de rescate, estaba legalmente obligado a ejercitar la ley

del levirato (Dt 25,5-10). Es decir, a dar descendencia, a través de estas mujeres, al pariente difunto poseedor legal de la tierra rescatada.

Booz ya ha conocido, bíblicamente hablando, a Rut. ¿Qué hacer?. Ha sido tan inmensamente feliz que sus palabras son: "...no temas ; haré por ti cuanto me digas, porque toda la gente de mi pueblo sabe que tú eres una mujer virtuosa" (3,11). La hipocresía de la frase es aplastante: Booz se escuda en lo que sabe todo el pueblo, !no en lo que sabe él!. La virtud que ensalza el autor es puramente social, superficial !Rut ha permanecido toda la noche con Booz!, pero no conviene que el pueblo conozca este detalle "Que no se sepa que la mujer ha venido a la era" (3,14). La despidió muy de madrugada cuando "un hombre no puede reconocer a otro" (3,14).

El mismo juego interno y oculto que realizó Rut con él para meterse en su cama (ocultarse bajo un manto, de noche, cuando está bebido), lo comienza a realizar Booz ( que nadie se entere, de madrugada). Rut le engañó a él; ahora él va a engañar al pueblo, a la sociedad. ¿Cómo?. Cuando Rut vuelve a casa junto a Noemí, nada se sabe al respecto. Ella vuelve con las manos llenas "me ha dado estas seis medidas de cebada, pues dijo: No debes volver de vacío junto a tu suegra" (3,17). Booz se ha quedado con las manos vacías. Al menos eso parece pensar la astuta Noemí cuando exclama al ver tanta cebada "Quédate tranquila, hija mía, hasta que sepas cómo acaba el asunto; este hombre no parará hasta concluirlo hoy mismo" (3,18).

La respuesta de Noemí implica dónde está la verdad y dónde la hipocresía: Rut es "hija mía" donde Booz vuelve a ser simplemente "este hombre". La palabra de Noemí que ha sido ejecutada en su sierva Rut, va a comenzar a operar en la sociedad. El cetro de Israel que está por llegar y machacará a los moabitas, viene de la mano de la más humilde sierva de Yahvé: Rut, que, paradójicamente, es moabita.

#### 4.- Conclusión.

El capítulo cuarto nos marca el sentido profético del libro. El autor nos ha retratado de forma admirable la situación de su pueblo. Situación, que en breve, va a permitir la instauración de la monarquía, a pesar de que los profetas adviertan constantemente, de que en Israel no hay más rey que Yhavé. Imitar a los demás pueblos no es el camino, son los otros quienes deberían seguir los pasos del pueblo elegido.

El pueblo no va por el camino recto, hay que volver, volver, constantemente volver. El libro de Rut está escrito en el retorno hacia los orígenes. El pueblo se está convirtiendo en un cuerpo social enfermo. Este cuerpo (colectivamente hablando), tiene un prototipo, Booz. Frente a este cuerpo hay otro más material y tangible, el de Rut con su prototipo natural, Noemí. Dos cuerpos con sus peculiares situaciones.

Israel, y su mundo patriarcal, ve en lo colectivo la individualidad. Lo que le sucede al pueblo, le sucede al individuo. Booz está inmerso en este mundo. Noemí vive en ese mundo machista pero experimenta en lo individual la fuerza que puede hacer cambiar lo colectivo: Rut es la mensajera que sirve de puente entre ambos universos conceptuales ; la que intenta cruzar y unir el camino interno de Noemí con la orilla externa de Booz. Siempre el hombre de fe tendrá que ir a la otra orilla. Por ello, el autor trata de llevar a su lector desde la orilla exterior de Booz, al camino interno de Noemí.

Este libro no es moralizante. Las artimañas que se usan no son enjuiciadas y las paradojas que se producen son constantes. ¡Volver al camino!. Hallar la energía, el espíritu de Yhavé. ¿Cómo?. Noemí confía en que ese hombre despierte. Ella sabe que, de hecho, ya está despertando. Por ello, “este hombre no parará hasta concluirlo hoy mismo” (3,18).

Rut, como portadora de la palabra de Noemí, ha conducido a Booz muy abajo, tan abajo que ni él mismo conocía semejante profundidad. Allí Booz tiembla...pero comienza a surgir una nueva, quizás la primera gran experiencia de su vida. No la que le señalan desde fuera, no, ésta es tan profunda que está dispuesto a luchar por ella.

Noemí mandó “bajar” (3,3) a Rut y ella “bajó a la era” (3,6). Ahora desde estas profundidades Booz “subió a la puerta de la ciudad y se sentó allí” (4,1). Cuando el semita escucha la voz de Dios sube. Cuando Israel ejecuta el plan de Yahvé, se levanta. Este semitismo recorre todas las páginas bíblicas. Ahora Booz se levanta, sube. No es un subir constante (está sentado), es un salir del letargo. ¿Cómo? Ciertamente que de forma no muy edificante. ¿Por qué?. Ya hemos mencionado que el autor no esta moralizando a su pueblo, le está mostrando el camino de vuelta. Y para encontrarlo, y como años después proclamará el evangelio, hay que ser astutos como las serpientes.

Booz está viviendo su gran experiencia; ¡Rut le ha despertado!. El autor (como el del Cantar de los Cantares), usará de este sentimiento para mostrar el camino de vuelta hacia Yahvé. Así, él hará cuanto Rut le ha dicho (3,11). Lo primero que hace es “subir” y encontrarse cara a cara con la sociedad; esa misma sociedad que se había conmovido cuando Noemí y Rut regresaron, pero que no había movido una mano para solucionarles el problema. Booz se sienta y convoca.

Este cuerpo social tiene unas reglas muy estrictas. No son como las reglas del cuerpo de ellas, impuras y contaminantes. Estas reglas son como las de ellos, limpias, también sangrantes, como las de la circuncisión. Pero lejos de contaminar, con esta sangre varonil se introduce al neófito en el pueblo sacro santo. Donde ella mancha, él limpia. Donde él es santo, ella impura. ¡Cuánto machismo y miedo ocultos!

Booz ya no puede opinar así. Ha tenido en sus brazos a Rut. Convoca al pariente más cercano, (aquél que tenía el derecho de rescate), y al cuerpo social: “Acércate y siéntate aquí, fulano. Y éste fue y se sentó” (cuanta docilidad ante las reglas establecidas). “Tomó diez de los ancianos de la ciudad y dijo: sentaos aquí. Y se sentaron” (el poderoso Booz, ordena y todos obedecen) (4,1-2).

Va a comenzar el juicio. Al actor más importante de la vista a celebrar, y que es el pariente más cercano, se le llama despectivamente, fulano. El tal fulano representa a la sociedad patriarcal. Todo gira a su alrededor. Lo absurdo del cuerpo social judío había dado a este goel, a este rescatador, a este defensor, poder sobre las tierras, sobre las mujeres, y ahora sobre el futuro del propio Booz, del poderoso Booz. La ironía del texto es llamar fulano, es decir, dejar sin nombre al que ostenta el máximo poder. Pues bien, Booz no duda en engañar a fulano y a mengano (representado por los diez magistrados o ancianos del lugar).

Todo va a ser una farsa. ¿Cómo la representa el autor?. El profeta siempre habla para hacer reflexionar. Las soluciones han de ser halladas en el interior de quien escucha. Y a veces el silencio es más elocuente que mil palabras. Volvamos a leer entre líneas. ¿Qué ha sucedido entre la noche en la que Rut se ha introducido en el lecho de Booz y el día siguiente?. Nada. ¿Qué debería haber acontecido?. El judío legalista lo sabía muy bien: “Cuando una mujer se acueste con un hombre, produciéndose efusión de semen, se bañarán ambos con agua y quedaran impuros hasta la tarde” (Lv 15,18). ¡Impuros hasta la tarde!. Por tanto, Booz, no puede, en esa mañana, celebrar un juicio ante la asamblea : ¡es impuro!. ¿Qué sucede?, que como

nadie ha visto a Rut, nadie sabe lo sucedido. Sólo el lector conoce que no ha pasado el tiempo de purificación. Hasta pasada la tarde de ese día Booz es impuro.

Pero la farsa va en aumento, ateniéndonos al estricto cumplimiento de la ley: “Si un hombre se acuesta maritalmente con una mujer que es una sierva perteneciente a otro, sin que haya sido rescatada ni liberada, será él castigado...”(Lv 19, 20). Noemí y Rut pertenecen al desconocido fulano, y sin haber pagado rescate, Booz ha extendido sobre ella el borde de su manto. Expresión ésta, extremadamente fuerte que se usaba para indicar la prohibición que un hijo de Israel tenía para conocer, en el sentido bíblico, a su madre: ¡Nadie tomará a la mujer de su padre, no retirará el borde del manto de su padre” (Dt 23,1).

La situación interior de Booz nada tiene que ver con la situación exterior. Él ordena, todos se sientan y se inicia la asamblea en estos términos: “Noemí que ha vuelto de los campos de Moab, vende la parcela del campo de nuestro hermano Elimélek. He querido hacértelo saber y decirte: Adquiérela en presencia de los aquí sentados, en presencia de los ancianos de mi pueblo. Si vas a rescatar, rescata... pues voy yo después de ti. El dijo: Yo rescataré! (4, 2-4).

Si el lector observa, la estrategia que está llevando a cabo es la marcada por Rut. Booz está repitiendo la escena de la noche anterior. Los personajes y la situación han cambiado pero el argumento se repite. La noche anterior el personaje que llevaba la dirección era Noemí, aunque no estuviera en escena. Ahora la dirección la lleva Rut (Booz le había dicho la noche anterior, no temas hija mía, haré por ti cuanto me digas), y tampoco aparece en la asamblea. Aquella noche Booz se vio sorprendido (temblando), ante Rut, únicamente después se le dice que extienda su manto y que ejerza el derecho de rescate.

En la nueva situación Booz ya ha hecho picar como si de un pez se tratara al pobre, en este caso también, pobre fulano. Booz no quiso perderse a Rut, ahora el tal fulano no quiere perderse el campo de su pariente. La respuesta es inmediata: ”Yo rescataré”. Ya ha picado, como Booz ante el cuerpo de Rut.

“El día que adquieras las parcela para ti de manos de Noemí tienes que adquirir también a Rut la moabita, mujer del difunto para perpetuar el nombre del difunto en su heredad” (4, 5). Fulano escucha a Booz y recuerda lo que marca la ley del levirato (Dt 25, 5-10). Ley que aplicada al

caso que nos ocupa, lleva como consecuencia que el hijo nacido de Rut tiene poder sobre la finca rescatada. Fulano, como Booz ante el cuerpo de Rut, hace lo que éste desea: “Usa tú mi derecho de rescate, porque yo no puedo usarlo” (4, 6). Lógico, de usarlo, los hijos nacidos de Rut, y no los que ya tuviera fulano, heredarían la tierra del rescate.

Booz acaba de usar, en su provecho, la ley que él mismo ha transgredido. Exige a fulano que la cumpla cuando él, legalmente se ha saltado todas las normas establecidas. Pero la gran paradoja es que nuevamente en la transgresión de esta ley, está haciendo por primera vez lo que le dicta el corazón. Lo que brota de su interior. Ya no es el cuerpo social y patriarcal quien le ordena, sino su voz interior que ha sido reencontrada en la escucha del cuerpo individual de Rut.

Y el cuerpo social que aprisionaba a Booz, comienza a realizar lo que él ordena. En la escucha sentada de los ancianos ha conseguido Booz el auténtico poder. Poder que se agranda a través de su debilidad interna, pues es ella la que va a transformar el acontecer de Israel.

Hace esposa suya a Rut para...”perpetuar el nombre del difunto en su heredad y que el nombre del difunto no sea borrado entre sus hermanos y en la puerta de su localidad. Vosotros sois hoy testigos” (4, 1-10). La pregunta que surge en estos momentos es ¿testigos de qué?. Ellos ante Booz están fuera de juego. No saben nada de lo ocurrido y todos están firmando como testigos. La letra de la ley les vuelve a asfixiar. Sólo uno queda al margen de esta asfixia: Booz, que en su irónica retórica proclama al pueblo que se queda con Rut, para beneficiar al difunto marido. ¡Si éste hubiera podido levantar la cabeza!.

El pueblo entero alaba a Rut como una de las madres de Israel y “gracias a la descendencia que Yahvé te conceda por esta joven” (4, 11-12). Noemí escucha el coro de todas las mujeres de Israel “tu nuera que te quiere y es para ti mejor que siete hijos” (4, 14-15). ¡Una mujer es mejor que siete hijos!. Estimamos que no existe en todos los texto bíblicos un piropo más elevado que éste. Una mujer mejor que un hombre, que dos, que tres... !QUE SIETE!. Número perfecto de las posibilidades humanas, dentro de la cábala semítica. No es extraño que Mateo, conociendo este libro tan fuertemente profético, intercalara en su genealogía el nombre de la extranjera que supo ver la verdad, como los magos de su evangelio, antes que el propio pueblo.

La verdad de Rut brota de su sentir interno de mujer. Diríamos más bien del sentir interno de Noemí, ya que ella como sierva de Yhavé, se limita a ejecutar la palabra recibida. De hecho, nada sabemos de lo que para ella significó desposarse con alguien que, a juzgar por el texto, debía ser bastante mayor. En cualquier caso sus preferencias quedan al margen, como sierva se limita a salvar, salvándose. Una vez aprehendida esta salvación interna, el autor la refleja en el cuerpo social al que dirige su mensaje. ¿Cómo?. El hijo fruto de esta comunicación interna, Obed, será el abuelo del gran cetro esperado en Israel y antecesor de Jesús de Nazaret: el rey David.

Dios siempre habla desde dentro. Hay que volver constantemente a reencontrar la raíz de nuestro ser. El camino hacia Belén de Judá no es físico. El hombre de fe, al margen de la sociedad que le toca vivir, ve en cada acontecer la mano de Dios. Mano que trasciende cada instante y que nos eleva a la herencia última y primera de ser hijos de Dios. Hijos más allá del sexo en el que nos expresemos, pues la divinidad, para el hombre de fe, se expresa tanto en el hombre como en la mujer. El libro de Rut nos revela este misterio.

En este breve recorrido por la historia de la mujer en el mundo profético, previo a los conceptos sapienciales, vamos a mostrar, seguidamente, dos figuras femeninas que compondrán el tríptico que estamos dibujando. En la figura central situamos la historia de Rut, en la parte izquierda y previa a Rut, vamos a destacar, seguidamente, la figura de Débora, y para finalizar, a la derecha de Rut, situaremos a la mujer de Urías, el hitita.

### DÉBORA: LA PALABRA PROFÉTICA DE UNA JUEZ.

Débora personifica a la mujer “salida de madre”. Ella representa un estar “no propio de su género”: juez y profeta. Algo “impropio” para su sexo. Sin embargo, no tan impropio si observamos que en esta época de los jueces es cuando sobresale la figura de Rut, cuando, asimismo, vamos a encontrarnos con Débora, o con el profeta Eliseo y aquella sunamita, mujer principal que vive tan feliz sin tener descendencia alguna (2Re 4,8-37), etc.

Si en una historia escrita por hombres y para los hombres, aparecen tantas mujeres que se “salen de madre” ¿No será porque, de hecho, no era tan extraño el proceder de las mujeres?. Ciertamente que la sociedad patriarcal

al historiar su devenir, trató de minimizar el eco de su actuación. Ni entonces ni hoy lo conseguirá. El hombre de fe vuelve a resaltar la verdad allí donde surja. El libro de los jueces ha dejado constancia de una mujer que, al igual que Abraham es llamado padre de Israel, ella, como Rut, es llamada madre de Israel (5,7).

Una historia matriarcal habría resaltado esta figura tanto como habría silenciado en lo posible la historia de Abraham. Posiblemente su nacimiento habría sido motivo de alguna teofanía, de una anunciación previa ¿Ha observado el lector que en el mundo bíblico jamás se narra una intervención divina para anunciar el nacimiento de una mujer?. Pues bien, en un mundo matriarcal, Débora habría provocado una divina anunciación.

No es el caso, no obstante, Débora aparece en la historia del pueblo elegido como consecuencia del clamor de los israelitas: “Entonces los israelitas clamaron a Yahvé” (4,3). Dios hablará por boca de esta mujer, que aparece en la historia de una forma tan natural que difícilmente podemos pensar que su caso fuera único, antes bien todo lo contrario; su naturalidad es tan grande que pareciera que todos los días de Israel fuera una mujer quien pusiera voz a la palabra de Dios.

Es más, esta mujer regentaba la confederación de tribus previa a la incipiente monarquía. “en aquel tiempo. Débora, una profetisa, mujer de Lappidot, era juez en Israel. Se sentaba bajo la palmera de Débora, ente Ramá y Betel, en la montaña de Efraím; y los israelitas subían donde ella en busca de justicia” (4,4-5).

Desde la época en que sucedieron estas historias, hasta que fueron puestas por escrito habían pasado aproximadamente 500 años. El mundo patriarcal había consolidado su estrategia. Débora, sin embargo, no pudo ser silenciada. ¿Por qué?. Porque el pueblo conocía la existencia de “la palmera de Débora”. Esta historia viene a responder y a confirmar la existencia de grandes mujeres en la historia del pueblo de Dios.

Vamos a estudiar lo ocurrido partiendo de una hipótesis que sometemos a mejor criterio. Dicha hipótesis la realizamos desde la perspectiva de que la palmera de Débora era conocida y ubicada en un lugar bien concreto, según informa el texto, y de que en ella, como si de un buhda se tratara, Débora instruía a su pueblo.

La instrucción de esta mujer se recuerda en una historia y en el canto que sobre ella se compuso a fin de que no fuese olvidada. Tres preguntas

surgen en el transcurrir del texto que son las que conviene trascender para hallar el valor religioso del mismo. Situémonos como Débora bajo la palmera. Intentemos meditar sin pensamiento alguno lo que la historia cuenta por sí misma. Sin intentar mediatizarla. El canto, como oración o como mantra se introduce en la mente del creyente y nos sugiere, a modo de respuesta, estas tres preguntas:

¿Acaso no te ordena esto Yahvé...? Primera pregunta.

¿No es cierto que Yahvé marcha delante de ti?. Segunda pregunta

¿Por qué tarda en llegar su carro?. ¿Por qué se retrasa el galopar de su carroza? Tercera pregunta.

A) ¿Acaso no te ordena esto Yahvé?.

Como introducción al estudio de esta pregunta diremos que tanto ella como las tres restantes (la última viene duplicada pero su significado es el mismo), son formuladas por mujeres. Las dos primeras están insertas en la historia de Débora, la tercera en el canto.

La pregunta que nos ocupa indica claramente las dudas que tiene la persona a la que Débora se dirige. Ciertamente que ella va a exteriorizar su palabra porque es el pueblo el que la solicita. “Entonces los israelitas clamaron a Yahvé” (Ju 4,3). El oráculo de Débora es la respuesta a esta llamada. Pero la respuesta, tal como se formula, parece no ser aceptada. “Si vienes tu conmigo, voy” (Ju 4, 8).

Baraq es la persona que en representación del pueblo va a escuchar el oráculo. Esta palabra ya ha sido pronunciada por Yahvé, No obstante la única persona que la ha oído ha sido Débora, sentada junto a la palmera. Allí va ahora Baraq y ella pregunta ¿Acaso no te ordena esto Yahvé?. El está sordo y no sabe traducir los signos de su tiempo : “por entonces la guerra en las puertas” (5,8). El canto de Débora nos pone sobre aviso de lo que está sucediendo.

Nuevamente como en la historia de Rut, se mezclan el camino interior y el exterior. El interior es de Débora, el exterior es de Baraq. Como entonces sólo hay posibilidad de cambiar el exterior si escuchamos, dentro de nuestra realidad la palabra de Yahvé, Y ella se realiza sabiendo traducir los signos de los tiempos. ¿Cómo traducirlos?. Despertando. “Vacíos en Israel quedaron los poblados. Vacíos hasta tu despertar, oh

Débora” (5, 7). “Despierta Débora, despierta. !despierta, despierta, entona un cantar!” (5, 12).

El camino interno lleva al conocimiento. El símbolo donde se expresa este despertar es el árbol del jardín del Edén de Eva, o el árbol del despertar de Buhda, y/o la palmera de Débora. Eva, Buhda o Débora despiertan cuando sabedores de su poder sobre lo creado, se cobijan bajo la creación, bajo la naturaleza del árbol al que aman.

El hombre de fe, inmerso en la cultura patriarcal, conoce que también el patriarca por excelencia, Abraham, se cobijó debajo del árbol, en el encinar de Mambré. (Gn 18,1-15). Abraham supo que su conocimiento llegaría hasta los confines del universo gracias al nacimiento de su hijo Isaac. Sara se ríe, no cree. Ahora quien no escucha, quien no cree es Baraq. Débora bajo la palmera sabe escuchar.

El pueblo, como siempre, se entera de lo que sucede cuando el trovador canta. Y ella grita a Israel !despierta!. El pueblo tiene la guerra a las puertas y no parece enterarse. Débora pide una rápida acción. “Levántate, porque este es el día en que Yahvé ha entregado a Sísara en tus manos” (Ju 4,14a). Baraq sigue sin creer. Al igual que Sara se ríe de la noticia. “Si vienes tu conmigo, voy, : Pero si no vienes conmigo no voy” (Ju 4,8). Sencillamente Baraq no se fía. Es entonces cuando surge la segunda pregunta de Débora.

B) ¿No es cierto que Yahvé marcha delante de ti?.

Ya han subido todos al monte Tabor. Ya se han levantado. Nuevamente la palabra levantarse, despertarse...!resucitar!. Baraq sigue dormido. Necesita ser acompañado por Débora. “Iré contigo, dijo ella, sólo que entonces no será tuya la gloria del camino que emprendes , porque Yhavé entregará a Sísara en manos de una mujer” (Ju 4, 9). El camino emprendido por Abraham fue gloria para él y para su pueblo. El camino que emprende Baraq es gloria para ella y para el pueblo.

“Baraq bajó del monte Tabor seguido de los diez mil hombres” Ju 4, 15b). Esta frase viene seguida de la pregunta que hemos formulado. Débora ve, !es la única que ve!, que Yahvé va delante de Baraq, al igual que Baraq va delante del ejército. “¿No es cierto que Yahvé marcha delante de ti?”. La respuesta no la puede dar Baraq porque le falta fe. La fe brota del interior y únicamente Débora sabe ver. Ella sí ve a Yahvé, como Eva, como

Abraham, como Rut y Noemí como tantas y tantas personas que al margen de su pecado suspiran por un mundo más humano.

Abraham es patriarca como Débora es matriarca, madre de Israel. Pero la historia es contada por hombres y para hombres. En el cántico de Débora, también aparece Baraq como salvador “Aquel día, Débora y Baraq, hijo de Abinoam, entonaron este canto” (Ju 5,1). Baraq es loado junto a la salvadora. Sin embargo lo ocurrido nada tiene que ver con el triunfo de Baraq. A él hay que animarle constantemente “Ánimo, arriba; Baraq” (5,12). Mientras que Débora siga despierta, Israel podrá ver a Yahvé al frente del ejército, gracias a sus ojos. ¿Qué es Israel sin esta visión de Débora?.

El canto recuerda que Israel, sin Yahvé, era nada “no había caravanas, los que hollaban calzadas marchaban por senderos desviados. Desiertos en Israel quedaron los poblados, desiertos hasta tu despertar...oh madre de Israel. Se elegían dioses nuevos por entonces la guerra en las puertas” (Ju 5,6-8). Débora desde el ser, engendra vida y el desierto se convierte en vergel. Ella, como madre de Israel, volverá a parir agua de vida “gotearon los cielos, las nubes en agua se fundieron. Los montes se licuaron...” (Ju 5, 4). Todo volverá a ser como antes, gracias al despertar de Débora.

Todas las tribus de Israel son alabadas, a excepción de las que no participan en la batalla. El cántico las va nombrando, porque “Entonces Israel bajó a las puertas” (Ju 5, 13). Débora vio, y a su llamada, Israel bajó a la puertas, a defenderlas y... “lucharon contra Sísara” (Ju 5,20). “Todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada: no quedó ni uno” (4,16).

Seguimos meditando bajo la palmera, y escuchando más que lo que el autor dice, lo que el autor quiere decir. Entonces descubrimos la tercera pregunta de esta historia.

C)¿Por qué tarda en llegar su carro?. ¿Por qué se retrasa el galopar de su carroza?.

Nuevamente es una mujer la que formula la pregunta. La madre de Sísara, como es costumbre, espera el regreso del hijo. Ella no sabe lo sucedido, no obstante presiente lo que el lector del texto ya sabe: Sísara ha muerto. ¿Cómo?. ¿Luchando y guerreando por los suyos?. No, Sísara, el

jefe de los ejércitos de los cananeos (Ju 4,1-2), ha muerto en manos de una mujer.

Esta mujer ni siquiera es israelita. Yael es quenita y, aparentemente, amiga de Sísara. Yael engaña a Sísara. Le cubre con su manta por dos veces y le da a beber su leche. Él sólo pide agua, ella le da más, ¡su leche!. Al igual que Prometeo ante Pandora, ésta le abre su caja de las sorpresas y el gran jefe de los ejércitos de Canaan, que había mantenido durante veinte años oprimidos a los israelitas, se convierte, bajo la manta de Yael, en Epimeteo.

Este cambio o metamorfosis es el que resaltan las voces de las esposas, cuando absurdamente proclaman “será que han cogido botín y lo reparten: una doncella, dos doncellas... botín de paños de colores; un manto, dos mantos” (Ju 5, 30). Ellas cantan la situación de la mujer en aquel momento histórico: la mujer, simplemente, es un botín a repartir. La madre de Sísara, quiere creerse lo que dicen sus nueras, pero no puede; por esta razón: “ella se lo repite a sí misma” (Ju 5,29). Necesita repetir una mil veces lo que dicen sus nueras, mas su corazón conoce, sabiamente, el del hombre, que además, es su hijo.

El temor de la madre se contrapone al que siente el hijo cuando llega ante Yael y ésta le dice: “Entra, señor mío, entra en mi casa. No temas” (Ju 4,18). Y cuando, según el canto de Débora, Sísara deja de temer y como hombre bebe en la copa (caja de Pandora, de Rut o de Yael)) de los nobles, más que leche, nata (Ju 5, 25), la madre, como mujer, presiente lo sucedido y comienza a temer.

Las princesas cantan el fuego de Sísara: ¡el reparto de las mujeres!. La madre intuye que el fuego le ha abrasado. Su hijo es simplemente (siguiendo el mito griego), Epimeteo (el hermano gemelo de Prometeo, la otra cara del destino del hombre que cae en los brazos de Pandora al abrir ésta su caja). El gozo y el dolor de esta historia se produce en el interior de las mujeres: por una parte, y al principio, Débora, por otra parte y al final, la madre. Y en medio Yael, la “bendita entre las mujeres” (Ju 6,24).

Esta bendición es tan machista como la traición de Dalila a Sansón (Ju 16,4-31). Las mujeres son benditas o malditas conforme a los intereses patriarcales en las que son insertas. Pero el hombre de fe, ve más allá de estos intereses y escribe la historia... gracias a estas mujeres y no a los ejércitos israelitas, “el país quedó tranquilo cuarenta años”( Ju 6,31).

Baraq y Sísara aparecen como títeres ante las figuras señeras de estas mujeres. Ellas son portadoras de la vida, más allá de lo que sus matrices engendran. El mundo patriarcal podrá reducirlas a simples parturientas. En el caso de Débora no sabemos si tuvo hijos, pero su fuerza trasciende lo puramente físico. Ella hará brotar agua en el desierto, será madre de Israel aunque pudiera no haber tenido descendencia. Isaías, el gran profeta, siguiendo esta intuición religiosa, que nos acerca al mundo evangélico en el que se mueve María la madre de Jesús, dirá: “Grita de júbilo estéril que no das a luz, rompe en gritos de júbilo y alegría, la que no ha tenido los dolores; que más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada, dice Yahvé” (Is 54, 1-1).

La mujer es, principalmente, persona. Madre o no, generará descendencia si, como el hombre, sabe escuchar la palabra de Dios. En la sociedad patriarcal en la que se mueven los textos bíblicos, la mujer es vista desde el uso privativo del hombre. No creemos que esta visión sea la querida por Dios, ya que estaríamos, nuevamente, cercenando el mensaje. Basta abrir los ojos para observar que el ser que todos llevamos dentro no tiene sexo y nos equipara e iguala en el reino de los hijos de la nueva humanidad.

Las historias de Rut y Débora nos acercan al gran rey de Israel: David. Ellas han ido formando desde lo colectivo y social (Débora -juez, profeta-) y desde lo individual y personal (Rut -mujer, madre), al gran personaje cantado por toda la antigüedad. Judíos y cristianos han obscurecido la imagen de estas mujeres para resaltar al rey de reyes. David es el antecesor, dinásticamente hablando, del Mesías. Mateo, sin embargo, nos las recuerda en su genealogía ¿Qué habrá querido decir sin ser dicho?.

Aproximándonos a ellas, tal como lo estamos haciendo, quizás podamos intuirlo. El díptico que hemos formado trata de desvelar la historia bíblica para revelar el mensaje que siempre permanece en sus páginas. ¿Cómo?. Encarnándolo en nuestra propia vida. Así la letra, vuelve a hacerse espíritu y desde el espíritu, el mismo Espíritu que aleteaba en el principio y que aletea en la meditación, bajo la palmera, reescribir y religar la historia para descubrir nuevos paradigmas.

Las historias mencionadas, las presentamos formando un tríptico. Ahora, a la derecha de Rut, dibujamos el paisaje que nos brinda la mujer de Urías. Esa mujer que también reseña Mateo en la citada genealogía de Jesús.

## LA MUJER DE URÍAS, EL HITITA.

Al iniciar esta última parte de nuestro trabajo, deseamos resaltar lo que, no por sabido en muchas ocasiones, y a través de la historia occidental y cristiana, se ha tratado de ocultar: La mujer se salva en su condición de fémica, al igual que el hombre en su condición masculina. Aristóteles estaba equivocado cuando afirmaba que la mujer era un varón fracasado. O cuando San Jerónimo proclamaba que la mujer que deseara servir a Dios, podría ser llamada, hombre.

Santa Teresa en su condición de fémica escribe “ ¿No basta Señor, que nos tiene el mundo acorraladas... que no hagamos cosa que valga nada por vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto?”. ¿Cuáles serían las verdades que la santa podría llorar hoy?. Estas verdades tan obvias en países democráticos y libres como los que conforman la actual Europa, no son preciso señalarlas, cuanto más en el seno de nuestra iglesia católica.

El hecho de que recordemos aquí tiempos obsoletos se debe a que, a nuestro juicio, y salvando las distancias socio culturales, estamos volviendo a caer en los mismos errores. El androcentrismo ha variado, pero sigue existiendo. Santa Teresa seguiría llorando en secreto... aunque hoy su secreto fuera a voces.

El hombre, para serlo, tiene que mirar con ojos de mujer y la mujer con ojos de hombre. Esta realidad antropológica, trasciende la simple visión de la fémica desde lo masculino y viceversa. No se trata, por tanto, de dar a la mujer los mismos derechos que al hombre. Sencillamente porque nadie tiene derechos adquiridos sobre nadie. ¿Por qué hacemos esta afirmación?. Porque estamos desde la visión masculina de la historia, volviendo a proclamar lo que es la mujer. Incluso la Iglesia jerárquica cuando afirma desde la proclamación de la Carta Pastoral “*Mulieris dignitatem*” que lo humano guarda referencia a lo femenino, nos tememos que se hace desde la visión parcial de lo masculino.

Trascender el estar, nos lleva al ser. El hombre necesita completar su antropología con la de la mujer. Sólo así llega hasta el ser. Quien ha sabido trascenderla hasta llegar al celibato por amor a Dios en el todo, y no en lo

particular, sabe por experiencia la verdad que aquí tratamos de explicar. Hemos de aprender a ver a la mujer desde el sentimiento femenino que tiene todo hombre en su interior y que necesita ampliar y completar cuando sale a la búsqueda de ella. Entonces nos encontramos con una cierta capacidad para entender lo femenino que hay dentro de nuestra propia experiencia masculina.

Esta antropología es idéntica desde la otra orilla. Cristo siempre nos lanza a la otra orilla. Posiblemente haya muchas más orillas de las que imaginamos. La historia con la que terminamos de formar nuestro tríptico está inmersa en la salvación universal y pretende, no ya pasar a la otra orilla, sino trascender toda orilla.

Las mujeres son motivo de salvación y/o de condenación, igual que los hombres. Rut y Débora son salvación para el pueblo aunque, quien no trascienda sus historias quede preso de la letra que las componen. Ahora la mujer del hitita va a ser protagonista de la salvación universal, aún a pesar de que ella se sienta condenada.

Nuestra historia comienza con el anonimato que reclama la sociedad: la mujer de Urías, el hitita. Ella no es nadie. Simplemente es la mujer de otro. Para comprender esta historia, hay que dejarla en el anonimato, como lo hace Mateo. De la mujer de este hombre, nacerá Salomón, el gran sabio de Israel. Para comprender su sabiduría conviene trascender la génesis de su devenir. Un devenir marcado por una terrible concatenación de sucesos que culminarán en el nacimiento del sabio por excelencia.

“David engendró, de la que fue mujer de Urías , a Salomón” (Mt 1, 6). La frase mateana no tiene desperdicio. Ella es la que nos hace pensar que Mateo, aunque judío, vive la experiencia del resucitado trascendiendo su condición semita y patriarcal. Sin embargo, la sociedad patriarcal en la que se mueve su escrito, no habría traspasado las lindes de lo personal sino no hubiera sabido guardar las formas establecidas. Esta afirmación es válida en cualquier sociedad. Los evangelios son textos que siguen moviéndose en una sociedad regentada por hombres. Ésta permitió su difusión porque, a primera vista no parecían peligrosos. Mateo, como el resto de los escritores neotestamentarios, guardan las formas para poder revelar el fondo.

En el segundo libro del profeta Samuel se narra la historia de la mujer de Urías. Esta narración se inserta para dar a conocer la génesis del rey Salomón. Su padre, David , era rey de Israel en tiempos del profeta

Natán. Aunque la historia de la salvación, tal y como hemos visto, era, en muchas ocasiones, sutilmente guiada por mano femenina, la sociedad patriarcal seguía dejando su impronta. En los acontecimientos ocurridos a la mujer del hitita esta impronta es terrible. Mas no puede ocultar, nuevamente, la huella femenina y, precisamente, a través de su total nulidad.

Un día David ve a escondidas “... a una mujer que estaba bañándose y era muy bella. Hizo preguntar David quién era aquella mujer y le dijeron Es Betsabé, hija de Eliam, mujer de Urías el hitita” (2 Sa 11, 2-4). El autor de este texto nos ha presentado a una mujer, desde la óptica masculina. Ella está desnuda y es bella. Esta afirmación tan machista nos retrata el uso y valor de la mujer en la época monárquica. Aquella mujer por la que pregunta David es de Eliam, como padre y de Urías como esposo. Pertenece, cual propiedad, a un hombre, exactamente igual que el ganado, la casa, los enseres, etc.

El rey David, con lo que ha visto y ha oído, no necesita más información. ¿Qué hace?. “David envió gente que la trajese: llegó donde David y él se acostó con ella, cuando acababa de purificarse de sus reglas” Esta traducción corresponde a la Biblia de Jerusalén. Deseamos insertar a continuación la traducción que la Nacar-Colunga hace de este pasaje: “David envió gentes en busca suya; vino ella a su casa y él durmió con ella. Purificada de su inmundicia, volvióse a su casa”.

En la primera traducción vemos el realismo de la época en la que suceden los hechos. David se informa y espera el momento en el que ella no tiene la regla, para establecer relaciones sexuales. Con la regla él se habría contaminado de la impureza de ella (Lv 20,18). El texto nos dice que acababa de purificarse de sus reglas. Obsérvese la ironía y sarcasmo del autor que, como hombre de fe, nos relata, entre líneas, su auténtico sentir. David no quiere contaminarse de la impureza de ella, cuando es él quien va a cometer la vil impureza e infamia de la violación.

¿Qué sucede con la segunda traducción?. El machismo ha recorrido tres mil años de historia. Sigue, ahí, aquí, tan latente como entonces. Aunque las gentes van a buscarla, es ella la que viene. Él sólo duerme con ella. ¿Qué habrá hecho esta mala mujer, con este buen hombre durante la noche, para que a la mañana siguiente se tenga que purificar de su inmundicia?. ¡Ella se tiene que purificar de su inmundicia! Ella se vuelve con el pecado a casa. ¡Ella es nuevamente la Eva que ha engañado a Adán,

aunque el falo (simbolizado en la serpiente) lo haya puesto inocentemente él!.

David no ha hecho absolutamente nada. Ni siquiera le ha preguntado si acepta o no la violación. La primera palabra que sale de los labios de esta mujer es : “Estoy encinta” (2 Sa 11,5). La mujer no merece respeto alguno. Como posesión de otro, David saquea una vez más (en este caso, el motín es bien pobre, una simple mujer). No se nos cuenta las veces que realizó el saqueo, se nos avisa que está embarazada.

Ella como mujer nada puede decir, de ahí que sea en el papel de madre que la oímos exclamar: Estoy encinta. Habla la madre, no la mujer. En la sociedad machista, ya lo hemos indicado, se oculta a la mujer tanto como se ensalza a la madre. Es lógico, la consecuencia de la maternidad, implica al varón. David, como tantos otros a través de la historia, no quiere responsabilidades.

Si antes como hombre ha ordenado a la mujer, ahora como rey ordena al marido que regrese del campo de batalla: “Baja a tu casa y lava tus pies” Salió Urías de la casa del rey, seguido de un obsequio de la mesa real. Pero Urías se acostó a la entrada de la casa del rey, con la guardia de su señor, y no bajó a su casa” (2 Sa 11, 8-9).

Si la parte central de este tríptico lo hemos titulado: “Rut, la sierva de Yahvé”, esta historia bien podría llamarse “el siervo de Yhavé”. Urías va de cabeza como oveja al matadero. Pero su actuación es tan sublime, que bien mereció ser recordado en la genealogía de Jesús. Mateo recuerda su nombre y omite el de ella; ella queda anulada y es en este anonadamiento donde brilla con luz propia y le hace brillar a él.

Urías es hitita, se encuentra al servicio del ejército de Israel; un hombre que está peleando por la vil paga. David es el ungido de Yahvé. Ya hemos visto la felonía que ha cometido. ¿Está arrepentido?. No, está tratando de ocultar lo sucedido. ¿Cómo?. Mandando a Urías que se acueste con Betsabé. De esta forma el hijo que va a nacer tendrá un padre reconocido y David podrá dormir tranquilo.

La historia de la salvación comienza a perfilarse en estos acontecimientos tan escalofriantes. Urías, el extranjero, da muestras de conocer a Yahvé mejor que su ungido: “Preguntó David a Urías: ¿No vienes de un viaje? ¿Por qué no has bajado a tu casa? Urías respondió a David: El arca, Israel y Judá habitan en tiendas; Joab mi señor y los siervos

de mi señor acampan en el suelo ¿ y voy yo a entrar en mi casa para comer, beber y acostarme con mi mujer? !Por tu vida y la vida de tu alma, no haré tal!” (2 Sa 11,10-11).

El proceder de David se contrapone al proceder de Urías. Este hombre, sin ser judío, recuerda el arca de Yahvé, el pueblo de Israel, la tribu de Judá, y hasta la propia alma del monarca. David se ha olvidado de todo al hacer su felonía, de Yahvé, del pueblo, de su tribu, y de su alma. Urías se lo está recordando, simplemente, porque se encuentra incapacitado para visitar a su esposa, mientras los compañeros sufren en la batalla. Urías no puede acostarse en su lecho y gozar, mientras los demás sufren. Como el siervo de Yhavé, hace propios los males ajenos.

El rey David trata de torcer este buen comportamiento usando todas las artimañas posibles : “...al día siguiente le invitó David a comer con él y le hizo beber hasta emborracharle. Por la tarde salió y se acostó en el lecho, con la guardia de su señor, pero no bajó a su casa” (2 Sa 11, 12-13). Urías es la antítesis del rey. !Ni borracho es capaz de bajar!. El texto provoca incesantemente esta bajada, como si ella fuera un pecado para Urías. Ante la negativa a bajar, de quien puede hacerlo, está el levantarse con el que se inicia el relato “Un atardecer se levantó David de su lecho”. (11, 1). Todo el contexto se realiza con nocturnidad y alevosía. David, levantado, no ha podido caer más bajo. Su pecado queda al descubierto ante el proceder del siervo.

¿Qué hacer?. “Poned a Urías frente a lo más reñido de la batalla y retiraos de detrás de él para que sea herido y muera” (2 Sa 11, 15). La carta que envía a su hombre de confianza no puede ser más clara. !Matadle!. El crimen de David se oculta con la muerte del inocente. Más, la muerte del inocente, como siempre lleva consigo otras muertes. Cuando se le informa a David de estas últimas muertes monta en cólera contra su jefe Joab. “¿Por qué os habéis acercado a la muralla para luchar?” (2 Sa 11,22).

Joab conoce la pregunta antes de ser formulada, como todo cuanto pueda objetar David (2 Sa 11,18-21). De ahí que deje para el final “También ha muerto tu siervo Urías, el hitita. Entonces David dijo al mensajero. Esto has de decir a Joab: No te inquietes por este asunto porque la espada devora ya a uno ya a otro” ( 2 Sa 11,24-25). Al oír que ha muerto Urías toda su cólera desaparece. Poco importan las muertes de sus valientes, esos que el texto no dice que abandonaran a Urías, !mueren con él!, aquí el único cobarde es David.

“Supo la mujer de Urías que había muerto Urías su marido e hizo duelo por su señor. Pasado el luto David envió por ella y la recibió en su casa haciéndola su mujer; ella le dio a luz un hijo; pero aquella acción que David había hecho desagradó a Yahvé” (2 Sa 11, 26-27). Todo ha sido consumado dentro del orden establecido. Ahora David puede “recibir” a Betsabé. La sociedad que él representa y que trata de manejar a su capricho, se lo permite. Betsabé, se convierte en esposa y le da un hijo.

El humillado Urías comienza a ser ensalzado. ¿Cómo?. El profeta Natán es enviado por Yahvé para despertar a David. La parábola que sirve de detonador nos recuerda que jamás un hombre de fe podría levantarse del lecho y producir tanta maldad. ¡Menos el ungido de Yahvé!. La parábola del hombre rico que mata la única oveja del hombre pobre para dar de comer a su invitado, encoleriza a David: “¡Vive Yahvé! que merece la muerte el hombre que tal hizo... Entonces Natán dijo a David: Tú eres ese hombre” (2 Sa 12,1-7).

La comparación de la oveja nos remite nuevamente a la figura del siervo doliente. Siervo que en su figura nos recuerda a Urías, pero que en su interior nos acerca a Betsabé. Ella no ha pronunciado nada más que dos palabras: estoy encinta. Ahora David, ante el hurto de la oveja, se encoleriza. ¡Cuánta hipocresía encierra su bondad!. Pero es mayor la hipocresía que encierra la sociedad machista que nos dibuja el autor del libro de Samuel, cuando compara el robo de la oveja con la violación que se ha hecho y se sigue haciendo con Betsabé.

“David había tomado también por mujer a Ajinoam... y las dos fueron mujeres suyas (la otra que no menciona el texto es Abigail). Saul había dado su hija Mikal ... a Palti” (1Sa 25,43-44). Tomó David más concubinas y mujeres de Jerusalén...”(2 Sa 5,13-15). David, como el rico de la parábola tenía muchas “ovejas”, sin embargo se le antoja la del pobre Urías. La comparación entre la oveja y la mujer dice a todas luces el valor de esta última, y ello !en labios del profeta Natán!.

Los infortunios del rey David tendrán en este comportamiento su explicación. Yahvé le “castigará” con la muerte de este hijo, al igual que le fue “castigando” con la muerte violenta de sus hijos Amnón, Absalón y Adonías. “Hirió Yahvé al niño que había engendrado a David la mujer de Urías y enfermó gravemente” (2 Sa 12,15). El autor, como siglos después Mateo, no quiere que el lector olvide que estamos hablando de la mujer de Urías. Este dato nos parece de suma relevancia a la hora de aprehender el

mensaje ¿Por qué? Porque en esta aprehensión se encuentra, a nuestro juicio, la exaltación de Urías y la humillación de David.

La mujer de Urías ha sufrido calladamente y en recompensa !Yahvé hiere de muerte a su hijo! Toda la historia gira alrededor del placer o del sufrimiento de David. !Ella es de piedra! !Ella no tiene sentimientos! ¿Quién se ocupa de esta mujer?. !Nadie! Ni siquiera Yahvé. Esa es, al parecer, la situación reflejada. El niño enferma y David llora, el niño muere y David “se levantó del suelo, se lavó, se ungió y se cambió de vestidos...Sus servidores le dijeron: ¿Qué es lo que haces?. Cuando el niño aún vivía ayunabas y llorabas, y ahora que ha muerto te levantas y comes” (2 Sa 12,20-21).

¿Por qué David cambia tan radicalmente su actuación?. Estimamos que en ella refleja el autor la hipocresía de la sociedad patriarcal. David llora como “buen padre” la enfermedad de su hijo, pero cuando este muere, ¿qué sucede?. Que su comportamiento cambia. ¿Por qué?. Porque si aplicamos a lo sucedido la ley de levirato, el hijo que nace es de Urías y no de David. El texto no indica que Betsabé hubiera tenido anteriormente más hijos, antes bien nos recuerda que el hijo que engendra David lo hace dentro de la mujer de Urías. Por tanto este hijo es de Urías. Lógicamente cuando muere, David deja de sufrir..

Ahora bien, ¿dónde encontramos la exaltación de Urías?. Al finalizar la historia se nos anuncia lo siguiente: “David consoló a Betsabé su mujer, fue donde ella y se acostó con ella; dio ella a luz un hijo y se llamó Salomón. Yahvé le amó” (2 Sa 12,24). Meditando como Débora, pensando como Noemí, actuando como Rut, o callando como Betsabé, el río de la vida transcurre entre las turbulentas aguas de la historia. Por primera vez se escucha una palabra de cariño hacia Betsabé, que ya no es mujer de Urías, sino suya. David consuela a Betsabé.

Lógicamente volvemos a observar que el consuelo consiste en volverla a dejar encinta. El mundo patriarcal no ve otra forma posible de consuelo para una mujer. !Ella, o es madre, o no es nada! Betsabé vuelve a ser madre. Por primera vez surge también, en esta historia la palabra amor. Yahvé ama a Salomón. El hombre que pasados los años y después de mil y una peripecias será nombrado rey de Israel, sabio entre los sabios. El hijo de David, según la carne... mas no según la ley.

¿Por qué hacemos esta afirmación? Porque Salomón pertenece por ley a Urías ya que murió sin descendencia. David es padre según la carne,

¿será éste el motivo por el que Mateo lo inserta en su genealogía?. Quien aprehenda el mensaje podrá intuir ahora, que lo que va a nacer no es hijo ni de la ley ni de la carne, es hijo de Dios.

David es el engañador, engañado por su propia ley. Betsabé con su silencio es la única que conoce lo que está sucediendo pero no puede decir nada. El hombre de fe tiene que descubrirlo por sí mismo. Salomón es desde su gestación prototipo de la sabiduría de Dios. La historia de Betsabé se amplía y confirma en el primer capítulo del libro de los reyes. Aquí Betsabé habla, pero esa ya es otra historia. Sirva aquí únicamente para explicar que su hablar provoca en el ya viejo David, la consagración de su hijo Salomón como rey de reyes (1 Re 1,1-40).

Mateo oculta el nombre de Betsabé, destaca su silencio para resaltar a Urías y provocar la amorosa sonrisa del hombre de fe. Un hombre que no está hecho para el sábado y que se encuentra por encima de la ley. Pero en la historia de Mateo la ley ha tenido que ser transcendida más allá de la letra ¿Cómo?. Meditando con Jesús en el monte, bajo la higuera, junto al olivo, a la sombra del ricino, bajo la palmera... todo devenir necesita ser transfigurado. Así el del hombre y el de la mujer para ser Cristo, en Dios. Y el que tenga oídos para oír...(ver nota).

## CONCLUSION

No es posible concluir lo que se está iniciando. Esta monografía sobre la mujer en el mundo bíblico es una aportación más al movimiento que nos conduce, lenta pero inexorablemente, a los albores de un nuevo paradigma para la comprensión del ser humano. Un ser que se manifiesta como varón o como hembra, pero que en definitiva, y tal como indicamos al inicio de este ensayo, representa para el otro: la otra orilla que encauza el río de su vida.

No hay río sin dos orillas. Ellas forman y condicionan su existencia. Ellas encauzan las aguas. Al final del cauce: la mar. Quien prescinde del río no puede llegar al mar. Sólo los iniciados han sabido trascenderlo. Inundados en el océano nos muestran el curso que hemos de seguir. A veces pretendemos imitar su llegada, cuando únicamente podemos imitar el inicio de su salida.

El célibe por el reino ha trascendido este acontecer. Por ello sabe por propia experiencia que no hay forma posible de llegar al mar sino es bogando. Este trabajo se ha realizado desde el río de la vida. Desde los que intentan salir y recorrer sus aguas con la mirada puesta en la llegada: Cristo,

Cuando concluimos observamos que muchos (mundo patriarcal), no han podido trascenderlo porque, simplemente, no lo han cruzado jamás. El desconocimiento de la “otra orilla” lleva a temer su existencia. El temor es ignorancia, ya que ambas orillas forman el cauce por donde transcurren lentas, tumultuosas o las más de las veces, ignoradas, las aguas de nuestras vidas.

Cuando desaparece una de las dos orillas, el agua se desborda, el río se pierde, la humanidad confunde el horizonte y la mar se sueña inalcanzable.

Las personas religiosas que han alcanzado el océano señalan el cauce que cada cual ha de navegar de forma única e intransferible. La Biblia es un gran río; para los que nos confesamos cristianos, ¡el río universal de la experiencia humana! Su cauce nos lleva como al pequeño Moisés, a la salvación: al océano de la resurrección, a la tierra prometida.

Cristo es el océano que acoge todas las aguas. En Él no hay varón ni hembra. Pero quienes no hemos llegado a la meta, seguimos formando el río desde una concreta orilla. En los breves intervalos de resonancia crística trascendemos sus aguas, tomamos aire y así podemos superar las múltiples ocasiones en las que la tempestad de la vida nos arroja hacia aguas turbulentas. Con este intervalo de aire (espíritu) intentamos bracear hacia aguas tranquilas.

Hemos parado el curso de nuestro río bíblico en un instante del devenir monárquico de Israel. Allí hemos levantado tres diques, resaltando, con imágenes concretas, lo que aquí señalamos a través del símbolo.

La mujer, en la historia patriarcal, ha sido la orilla temida para los que nunca han cruzado el río y la orilla odiada para los que nunca han aprendido a nadar. El hombre de fe de todos los tiempos surca las aguas y cruza con respeto y admiración a la “otra orilla” para aprehender el misterio que hace posible su existencia y la del río. Suponemos que la mujer de fe

que no ha llegado, asimismo, hasta el océano crístico, nadará con el mismo respeto y admiración hacia la orilla opuesta.

No hemos querido interrumpir nuestro ensayo con nota alguna a pie de página. En la conclusión de este trabajo vamos a reseñar una serie de obras, casi todas escritas por mujeres de las que confesamos haber aprendido a ver, más allá de nuestra condición antropológica. Recomendamos al lector, especialmente si es hombre, estos trabajos. Ellos merecen ser reseñados desde la primera hasta la última de sus páginas.

Personalmente y de manera especial, me siento deudor de mis compañeras teólogas abajo citadas, por haberme enseñado, y confío que lo sigan haciendo “otras formas de nadar”. Este ensayo es un intento. Confieso haber tragado mucha agua, pero más han debido de tragar ellas en la travesía de sus vidas.

#### NOTA

Estimamos que en este contexto es de aplicación la ley de levirato. Puede objetarse que Urías no es judío y, por tanto la ley no exige su aplicación. No creemos posible esta interpretación por las siguientes causas: Betsabé es judía. Se nos indica su origen con la mención del nombre de su padre tal y como era costumbre. Urías, aunque extranjero vive bajo la tutela de la ley israelita que debe cumplir como uno más. De hecho el texto nos informa que Urías es un estricto cumplidor de la ley y que incluso, moralmente, da lecciones al propio rey.

La casa de Urías no debía estar muy lejos del lugar donde se estaba bañando Betsabé y a su vez, este lugar debía estar muy cerca del palacio, ya que David la ve bañarse desde la terraza. Si Betsabé vive tan cerca es porque de hecho, debía pertenecer a la tribu de Judá con todos los derechos y obligaciones de pureza e impureza ritual que marca la ley. De estas obligaciones nos deja constancia exhaustiva el texto y precisamente en lo que atañe a Urías cuando ha de lavarse los pies antes de meterse en el lecho con su mujer.

Creemos que estas consideraciones son suficientes para demostrar que Urías, que además era del ejército de David, estaba bajo la ley judía. Pues bien, el texto nada nos dice de que hubiera tenido hijos. La belleza que cautiva a David habla más bien del cuerpo de una mujer que todavía no ha parido. Al morir Urías sin descendencia, el primer hijo de su mujer, según la ley y que permanezca con vida, es de la estirpe del padre muerto.

Esto nos lleva a concluir que Salomón no es, según la ley, de la estirpe de David, sino de Urías.

A tenor de lo expuesto la genealogía de Jesús adquiere un notable cambio que a nuestro juicio, es el que desea resaltar Mateo cuando presenta a Cristo, como hijo de Dios. Jesús rompe todos los cánones establecidos desde antes de nacer; por esta razón, Mateo, intercala previamente al resto de las mujeres que interfieren en la historia de Israel. Ahora, quien ha comprendido su teología puede asimilar que Jesús, siendo, según la ley de la estirpe de Urías, puede ser el salvador de Israel.

Esta hipótesis de trabajo nos permite comprender que Mateo, siendo judío y con una cultura fuertemente patriarcalista, introdujera a mujeres en su genealogía. Es más, de igual forma que deja constancia que Jesús, según la ley no es de estirpe davídica, deja constancia de que según la carne tampoco lo es José, al introducir nuevamente la fórmula : “Jacob engendró a José , el esposo de María” (Mt 1,16). La esposa de Urías y el esposo de María. Y es que Mateo nos está presentando a Cristo, el hijo de Dios. No hay estirpe ni sangre que pueda engendrarlo.

La genealogía de Mateo implica trascender la carne y la ley. Mateo al introducir a la mujer de Urías, trasciende la ley y al introducir a José, el esposo de María, trasciende la carne. José, según esta hipótesis, no demuestra que Jesús es de origen davídico ya que la mujer de Urías ha dejado constancia de lo contrario.

Posiblemente quienes estemos dispuestos a seguir trascendiendo la letra, podremos alcanzar la resurrección de su evangelio. Esta visión de su genealogía, nos ha llevado a releer las historias de Rut y de Betsabé tal y como han sido expuestas. La historia de Débora ha conformado, asimismo, nuestro tríptico por ser, dentro de la época que hemos tenido que estudiar, una de las figuras señeras del naciente profetismo de Israel..

Constantino Quelle Parra

Madrid 22 de Mayo de 2003

## TEXTOS

- .- Rodríguez Briz, Pilar, Las profetas de la Biblia, Ed. STJ, Barcelona 1998
- .- Gebara, Ivone, Teología a ritmo de mujer, Ed. San Pablo, Madrid 1995
- .- Carrasquer Pedrós, María S./ de la Red Vega, Araceli (monjas cistercienses), Matrología. Madres del desierto, Ed.. Monte Carmelo, Burgos 2000
- .- del Sol Hernando, Justa, El carisma de ser mujer. De una historia de opresión a una realidad liberadora, Publicaciones Claretianas, Madrid 1995
- .- Navarro, Mercedes y Bernabé, Carmen, Distintas y distinguidas, Mujeres en la Biblia y en la historia, Publicaciones Claretianas, Madrid 1995
- .- Delfieux, P., Nuestras madres en la fe, Narcea S.A. de Ediciones, Madrid 1998 (esta obra la componen los siguientes ensayos):
  - . Hermano André, Eva, referencia inagotable
  - . Hermana Moïsa, Y a Sara que os ha traído al mundo
  - . Hermana Rebekka, Rebeca
  - . Hermana Marie-Laure, Raquel y Lía
    - .Hermana Élisabeth, Judit, la combatiente desarmada.
  - .Hermana Édith, Donde tú vayas, yo ir: Rut.
  - .Hermana Esther, Ester.
  - .Hermana Marie Laure, Esterilidad y maternidad
  - .Hermana Moïsa, Las mujeres y la salvación.
  - .Hermana Marie-Sophie, El cántico del cordero.
    - .Savart, Colette, La ternura femenina, reflejo de la ternura de Dios.

- .Hermano David, La violencia y las mujeres
- .Hermana Violaine, La extranjeras en la antigua alianza.
- .Hermana Edith, ¿Dios con rostro femenino?
- .Hermano Pierre-Marie, Un signo grandioso.

.- Navarro, Mercedes, (directora), Para comprender el cuerpo de la mujer. Una perspectiva bíblica y ética, Ed. Verbo Divino, Estella 1996 (esta obra la componen los siguientes ensayos):

.- López Pérez, María J., Cuerpo, sexo y mujer en la perspectiva de las antropologías.

.- Pikaza, Xabier, Cuerpo de mujer, cuerpo de diosa. Mitos y símbolos de sometimiento femenino.

.- Arana, María José, Símbolos, corporeidad y ecología “Tota mulier in utero”

.- Gómez Acebo, Isabel, El cuerpo de la mujer y la tierra.

.- Navarro, Mercedes, Cuerpos invisibles, cuerpos necesarios. Cuerpo de mujeres en la Biblia: exégesis y psicología.

.- Bautista, Esperanza, Cuerpo y comunidad.

.- Navarro Puerto, Mercedes, Barro y aliento. Exégesis y antropología teológica de Gen 2-3, San Pablo, Madrid 1993

.- Julien, Nadia, Enciclopedia de los mitos, Ed. Robinbook, S.L., Barcelona 1997

.- Gómez Acebo, Isabel, Dios también es madre, San Pablo, Madrid 1994

.- Pagels, Elaine, Adán, Eva y la serpiente, Ed. Crítica, Barcelona 1990

.- Pagels, Elaine, Los evangelios gnósticos, Ed. Crítica, Barcelona 1982

.- Aquino, M. del Pilar, Aportes para una teología desde la mujer, Biblia y Fe, Madrid 1988

.- Dumais, Monique, Las mujeres en la Biblia. Experiencias e interpelaciones, Ed. Paulinas, Madrid 1987

.- Muñoz Mayor, M. Jesus, La mujer en la Biblia, Seminario taller desde una perspectiva feminista, Publicaciones Claretianas, Madrid 1998

.- Russell, Letty M., Interpretación feminista de la Biblia, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 1995

.- Rubio, M., Un rostro nuevo de mujer. La figura cristiana de María en la hora de los feminismos, PS Editorial, Madrid 1989

